

Homero Aridjis/Ascenso

Las mujeres esperaban de nosotros sentadas en los bancos azules. Había dejado de llover afuera. Cierta humedad nos penetraba.

Las mujeres sentadas con uniformidad apenas se movían. Sólo un brazo extendido o una cabeza inclinada rompían la densa monotonía carnal.

Un hombre pasó de un lado a otro de la habitación, sin mirarlas ni mirarnos.

La luz encendía los muslos blancos, negros, morenos de las mujeres, quienes en silencio observaban con gesto vago hacia nosotros, o simplemente dirigían su mirada ociosa a una pared blanca donde la sombra de alguna mano a veces por jugar formaba fugitivamente un pico, o el hocico de un perro.

Eran tres bancos azules, colocados en medio y formando un triángulo, que hacía mirar de frente senos y caras sucesivamente como en un blando paraíso.

Por adentro del triángulo había una especie de muralla triangular de espaldas y nalgas de colores, que descansaban en *plof* o con consistencia como jarras de diverso asiento.

Las mujeres podían ser miradas sin interrupción, pues no había espacio vacío entre ellas, y por las seriedad con que estaban sentadas y desnudas parecían más bien atender la revisión de un médico que esperar con paciencia usual ser escogidas.

Todas eran alumbradas más en los cuerpos que en las

caras; potentes focos estaban dirigidos hacia ellas para que nosotros pudiéramos verlas sin esfuerzo.

El encargado de la casa leía su periódico a la puerta. Un muchacho gordito, de unos trece años, le servía de ayudante junto a su escritorio. Próximos a ellos tenían sobre una mesa de tres patas unas flores amarillas sometidas a un régimen de oscuridad durante el día y de luz eléctrica en la noche.

En frente de los bancos, a mi lado, se sentaba Ula, teniéndome del brazo, mientras yo paseaba con displicencia mis ojos sobre la blanca o la negra, sobre su seno o su ombligo, o me quedaba distraídamente observando la prominencia de un vientre o la estrechez de una cintura.

Me paseaba descubriendo en una pantorrilla un lunar o sobre una espalda una herida, o un raspón, y estos hallazgos me llenaban un rato, o aumentaban los atributos de un cuerpo. Sí, me entretenía en hallar entre las carnes mezcladas a L por su cicatriz o a C por su tristeza. O comparaba pacientemente los labios, la nariz, las orejas o el mentón de las gemelas.

Junto a nosotros habían puesto una jarra china para cenicero, y en ella arrojaba mi ceniza, y a ella venían las mujeres a tirar sus colillas, mientras yo, acostado sobre el regazo de Ula, las veía desde abajo con sus pesados senos separándose hacia mí, y a veces, como quien alcanza un fruto, jalaba alguno con mi mano, y suave e inagotable

unos momentos la dueña me lo abandonaba, hasta que Ula la echaba como se arroja a un gato acariciado.

Sin embargo, con la cabeza sobre las piernas de Ula, mirando las manchas redondas del techo, tal vez contándolas entre los nudos de las vigas, sentía el cuerpo de la otra, quien, entre sus compañeras me miraba fija, tiernamente, mientras una perra, ahíta de mimos, con la panza casi arrastrándola sobre el piso, mordisqueaba el cordón pendiente de su bata, y yo, jugueteaba con un huevo rojo.

Pero habían dado las once, y ya desde las nueve, ellas esperaban de nosotros sentadas en los bancos azules, interrumpiendo sólo su estar con breves idas al baño o con rápidas compras de cigarros. Bebían algunas ron, otras leche, y dos agua.

Empezaba a llover. y la humedad del aire atravesaba el cuarto; por la ventana abierta, y por debajo de la cortina, una brisa fresca arrojaba hacia dentro algunas gotas de agua.

Muchas se movían inquietas sobre los bancos, como esa gente que a base de acomodarse ya no sabe estar cómoda. El frío o el aburrimiento las hacía buscar con frecuencia nuevos modos de sentarse y de mostrarse. Unas piernas cruzadas, un doblarse y estirarse de brazos, un diálogo entre Ula y otra, comiendo una mandarina, arrojaba un fluido sonar de roces y voces.

Se oía también a veces, el tañido solitario de una cuerda

de guitarra rasgada, viniendo de otro cuarto.

La luz se había vuelto dudosa sobre los muslos negros y blancos de las mujeres, quienes con un gesto cada vez más cansado nos observaban, abriendo mucho las piernas hacia nosotros como si así quisieran insultarnos, recordándonos, según su expresión segura, algo.

Eran sólo dos bancos despintados, pegados a la pared afollada, que nos hacían mirar de frente, como en un viejo, magnífico cuarto colegial, las caras entusiastas de muchachitas con los senos en flor.

La mayor sonreía divertida, y las caras de todas eran una ininterrumpida aceptación, y aun calladas o hablando de otras cosas parecían estar diciendo que sí, principalmente a nosotros que sentíamos su aliento cálido y las mirábamos con apretado deseo.

Las podíamos mirar sin fin, pues no había espacio vano entre ellas, y el fulgor de sus caras transmitía una especie de pubertad ofrecida que atrapaba por sólo captarla a nuestro cuerpo entero.

Sin embargo, dar un paso hacia una equivalía a faltar, y el transgresor era echado del sueño. Pues la vieja cuidadora estaba junto a ellas, más atenta a nosotros que a sus jóvenes; y una anciana flaca la aconsejaba diciéndole al oído cosas sobre nuestra excitación con ruidosa malicia.

La perra ya mordisqueaba el cordón de aquella que me veía, o se lamía una pata, o se rascaba quejándose. Pero,

con ojos afligidos y naranjas me miró cuando la llamé por su nombre. Y quiso venir hacia mí moviendo el rabo breve, mas L la puso entre sus pechos morenos.

Un hombre, vestido de gris y calvo, se acercó a las cuidadoras, y les dijo como protesta:

—Me repugnan ustedes, pero si tuviera dinero las invitaría a beber.

Las viejas, mostrándole sus vasos de leche, y mirándolo con aspereza, creyeron que así ya le respondían.

Las muchachas lo vieron. Una de ellas descruzó las piernas; y la que estaba sentada al final del banco derecho, pareció llena de soledad ahí riéndose.

Luego, como tragal que deja de ondular el viento, una a una se pusieron muy erguidas, y dos o tres apagaron sus cigarros, y se pusieron muy atentas viendo a la cuidadora principal, quien estaba pálida y temblorosa, y como dislocada.

Y Ula, que se apartó de mí, levantándose le dijo al hombre:

—Es inútil que venga a aquí para decirnos eso.

El hombre hizo como si se mesara el cabello ausente, y contestó silabeando cada palabra:

—Dis-cul-pe us-ted.

Una de las jovencitas reía escondiendo su risa. Otra mostró unos huevos de diversos colores. Y otra un calce-tín.

La perra era mecida por la muchacha morena de vientre suave. Sus senos iban ora a la derecha ora a la izquierda, según mecía a la perra. Se le podía ver de frente desde donde yo estaba. Los antebrazos, las manos y la perra sólo por el espejo.

De pronto estornudó una adolescente tímida, muy iluminada.

Se oyeron unos pasos abajo, subiendo por la escalera.

Una polilla daba vueltas en torno del foco: deslumbrada chocaba contra la pared o el techo.

La que estornudó y la que mecía a la perra, como advertidas por los pasos, acomodaron sus senos, y miraron a la puerta.

Ula, sentándose otra vez a mi lado, sacó de su bolso un espejo de mano, y redondeando la boca se puso bilé sobre los labios.

Seguía lloviendo un poco, rápidas gotas se oían y se veían en la calle como blancas semillas. Árboles y muros parecían brotar relucientes de la tierra mojada.

Las mujeres se preparaban.

El ayudante del encargado atravesó el cuarto moviendo las caderas. Y cogió brusca, atinadamente la polilla con una mano, y la echó por la ventana. Luego, ya en su sitio, en el aire se olía su perfume.

La perra se detuvo cerca de nosotros, y agitando la cola me lamió un zapato.

Un joven de suéter negro entró, un poco deslumbrado por la luz de los focos.

—Buenas noches —dijo.

Ninguna contestó. Aunque algunas parecieron responder con la mirada, y el ayudante quedárselo viendo unos momentos con melancolía.

Ula salió a su encuentro con el espejo en la mano:

—Si nos entendemos, tú sabes. Dos viejas conversaban en un rincón, bebiendo lentamente su tequila. Con ojos casi secretos seguían de soslayo la escena.

El joven no aceptó a Ula, y empezó a observar a las demás como si tratara de sorprender en ellas algo íntimo.

Las viejas lo miraron, con expresión gozosa, dar la vuelta y regresar adonde estaba parado.

Una muchacha morena, de unos quince años, vino a tirar una colilla a la jarra china. Le faltaba un diente frontal y le había dado por meter y sacar la lengua por el hueco. Arrastraba por el suelo un zapato.

La luz disminuía. Una opacidad gradual se instalaba sobre los muslos de las mujeres y volvía insegura la claridad del cuarto.

Una especie de lentitud soñolienta se apoderaba de los ademanes y gestos, pues aparte de algún estornudo o una tos, y diálogos de rápido comercio, no se escuchaba ruido.

Bajo el dintel de la ventana abierta se veía una luna silenciosa. La oscuridad recién bañada parecía brillar. Se

oían voces de mujeres en la calle, y pasos amortiguados; y también sombras y un chapoteo sobre los charcos.

Una adolescente de ojos grandes y castaños bostezó con fruición, y como si el joven no estuviera enfrente de ella, se levantó y salió del cuarto con movimientos fatigados.

Ula volvió a mi lado, metió la mano entre mi cabello, tomó su bolso y se fue siguiendo a la otra.

El joven se quedó teciturno junto a la jarra china, con una colilla apagada que no arrojó.

La muchacha morena se reía de él, próxima a él, como si su ser ahí fuera una broma.

—Algo chistoso —me dijo.

Otra mujer se levantó.

Otra mujer se fue.

El ayudante del encargado miraba fijamente a la perra dormida en un rincón.

Las viejas seguían bebiendo tequila. Se decían cosas a la oreja apoyándose una sobre otra. Resbalando por la pared se sentaban cuidadosa, torpemente en el suelo.

La muchacha morena me dijo:

—Si tuvieras dinero nos iríamos juntos esta noche.

Y agitó con impaciencia su abrigo, indicando con la mirada a la calle.

Los bancos azules quedaban insoportablemente vacíos. Casi instintivamente la seguí.

Ya no llovía.